

la vida. Siempre he pensado que el celibato era un estado sublime porque imponía grandes deberes; pienso aunque que quien rehúsa dar la vida física á seres de su especie, debe dar en cambio con sus trabajos y sus luces, la vida intelectual á sus semejantes; por esa razón venero la fecunda virginidad de Cristo pero cuando después de haber abrigado en mi orgullosa juventud esperanzas de virtud y de ciencia me he visto encorvado bajo el peso de los años sin haber hecho obra alguna digna de mentarse, me he affigido y arrepentido de haber abrazado un estado á cuya altura no había sabido elevarme; hoy veo que no caeré del árbol como estéril fruto: la simiente de vida ha fecundado tu alma. Tengo un hijo, una criatura mas preciosa que un fruto de mis entrañas; tengo un hijo de mi inteligencia.

—Y de corazón, exclamé doblando mis rodillas ante él, porque tienes un corazón inmenso, padre Alejo, mas grande que tu inteligencia, y cuando gritas «soy libre» ese grito del alma envuelve esta otra frase poderosa: «Amo y creo.»

—Amo y creo y espero; tú lo has dicho, respondió él conmovido, si así no fuese, no sería libre. Los brutos no conocen leyes en el fondo de las selvas y sin embargo son esclavos, porque desconocen el precio, la dignidad y el uso de su libertad. El hombre privado de ideal, es esclavo de sí mismo, de sus instintos materiales, de sus pasiones feroces, tiranos mas absolutos, dueños mas fantásticos, que todos cuántos ha derrocado antes de caer bajo el imperio de la fatalidad.

Seguimos hablando así todavía mucho tiempo.

Me dió á conocer los grandes misterios de la fé pitagórica, platónica y cristiana, cuya esencia le parecía el fondo de la verdad eterna, pero verdad progresiva, según él rodeada aún de espesas nubes que la inteligencia humana debía ir rasgando una á una hasta la última. Esforzóse en reunir todos los elementos sobre los cuales fundaba su fé en Dios y en la perfección. Decía: primero que la grandeza y hermosura del universo, accesible á los cálculos y á las observaciones de la ciencia humana, nos mostraban en el Creador el orden, la sabiduría y la ciencia omnipotente: segundo, que la necesidad que experimentan los hombres de establecerse en sociedad y de establecer entre sí relaciones simpáticas, de religión común y de protección mútua probaba en el legislador universal el espíritu de soberana justicia: que los impulsos continuos del corazón del hombre hácia lo ideal probaban el amor infinito del Padre común, profusamente difundido en la gran familia humana y manifestado á cada alma en particular en el santuario de su conciencia. De todo ello deducía tres clases de deberes para el hombre. El primero aplicado á la naturaleza exterior consistía en la obligación de instruirse en las ciencias á fin de perfeccionar el mundo físico. El segundo aplicado á la vida social era el deber de respetar ó establecer instituciones libremente aceptadas por la familia humana y favorables á su desarrollo. El tercero aplicable á la vida interior del individuo consistía en perfeccionarse á sí mismo en vista de la perfección divina y buscar sin cesar para sí y para los otros las vías de la verdad, de la sabiduría y de la virtud.

Estas conversaciones y lecciones fueron tan lar-

gas como la narracion que las ha motivado. Duraron muchos dias y de tal modo nos entretenian uno y al otro que apenas dormiamos el tiempo necesario. Mi maestro parecia recobrar su fuerza viril instruyéndome; no se recordaba de sus padecimientos y á mi mismo me los habia hecho olvidar; me leia su libro y al propio tiempo me lo explicaba; era una extraña obra de sublime sencillez y enchida de magnanimidad; su forma no era metódica. El padre Alejo confesaba no haber tenido tiempo para reasumirse y haber escrito mas bien como Montaigne, dia por dia una série de ensayos, donde expresaba lisa y llanamente ya los momentos de tristeza y desaliento que le habian acosado, ya los fervores religiosos bajo cuyo imperio se habia encontrado. «He comprendido decia él que yo no era capaz de escribir una gran obra para mis contemporáneos, tal cuál la habia soñado en mis dias de noble pero ciega ambicion. Entonces conformándose mis deseos con la humildad de mi situacion y mis esperanzas á la debilidad de mi sér, pensé en difundir mi corazon entero en estas páginas á fin de formar un discípulo que comprendiendo bien los deseos y las necesidades del alma consagrarse su inteligencia á buscar el alivio y la satisfaccion de esas aspiraciones, de esas necesidades, cuya importancia tarde ó temprano, conocerán los hombres, cuando pasen las agitaciones políticas. Expresion lastimera de la triste época en que me ha arrojado la suerte, no puedo hacer mas que despedir un grito de angustia á fin de que me devuelvan lo que me han quitado, una fé, un dogma y un culto. Se que nadie puede responder á mis ayes y que voy á morir fuera del templo, fuera de

turbacion y de espanto, pudiendo llevar como único mérito á los piés del juez supremo el obstinado combate de mis sentimientos religiosos contra la accion disolvente de un siglo sin religion, pero confio y espero porque cuánto mas sufre por mi ignorancia, tanto mayor horror tengo á la nada y tanto mas siento que mi alma tiene sagrados derechos á esa celeste herencia por la cual abrigo insaciables deseos.....

Hacia tres noches que estas conferencias duraban y apesar del poderoso interés que á ellas me encadenaba, se apoderó repentinamente de mí una postracion tal, que dormitaba cerca de la cama de mi maestro, mientras él seguia hablando en la oscuridad pues todo el aceite de la lámpara se habia consumido y la aurora no asomaba aún por el horizonte. Al cabo de algunos instantes desperté sobresaltado. Alejo articulaba sonidos y parecia hablar consigo mismo: hice esfuerzos increíbles para escucharle y resistir al sueño; sus palabras eran ininteligibles y vencíéndome la fatiga dormime de nuevo con la cabeza apoyada en su cama. Entonces en mi sueño, oí una voz dulce y armoniosa que parecia continuar el discurso de mi maestro; yo le escuchaba sin despertar y sin comprenderle; por fin sentí un refrigerante soplo en la cabeza y la voz me dijo: «*Angel, Angel, la hora ha llegado.*» Imaginéme que mi maestro espiraba y haciendo un gran esfuerzo despertéme y extendí las manos hácia él; las suyas estaban calientes y su normal respiracion anunciaba un apacible reposo; levantéme entonces para encender la luz, pero creí sentir el roce de un sér de naturaleza indefinible que colocándose delante de mí

se oponia á mis movimientos. No tuve miedo y le dije con voz segura:

—¿Quién eres tú y que quieres; eres acaso el que nosotros amamos, tienes algo que mandarme?

—Angel, contestó la voz, el manuscrito está debajo de la piedra y el corazon de tu maestro estará atormentado hasta que haya cumplido la voluntad de aquél.....

Aquí se perdió la voz, no oí ruido alguno en el aposento mas que la débil é igual respiracion del padre Alejo. Encendí la luz, me aseguré de que dormia, de que estábamos solos, de que todas las puertas estaban cerradas y..... sentéme inquieto y dudando. Luego al cabo de unos instantes me determiné. Cogí la luz, salí de la celda sin ruido, quité una barra de acero á una de las máquinas del observatorio y bajé á la iglesia.

¿Cómo yo, tan jóven, tan tímido y tan supersticioso hasta aquel día, tuve voluntad y valor para emprender solo semejante cosa? Me es imposible explicarlo. Unicamente sé que mi espíritu en aquellos momentos centuplicó sus fuerzas, bien porque se hallase bajo el dominio de una exaltacion estraña, bien que obedeciese inconscientemente á un poder superior. Lo cierto es que atacué sin temblar la piedra del *Hic est* y que la levanté sin gran esfuerzo. Bajé al sepulcro y encontré el ataúd de plomo en su nicho de mármol negro. Ayudado de palanca y de cuchillo conseguí desoldar sin trabajo una parte de él y dirigiendo mis pesquisas hácia el pecho, encontré harapos de ropa que levanté y que se enroscaron alrededor de mis dedos como telas de araña. Despues deslizando mi mano hasta el sitio do habia

latido aquel noble corazon sentí sin extremecerme el frio de sus huesos. No estando ya sostenido el paquete de pergamino por las ropas, rodó al fondo del féretro: saquélo y cerrando apresuradamente el sepulcro, volvíme al lado de mi maestro y deposité el manuscrito en sus rodillas. Apoderóse entonces de mí un gran temblor y estuve á pique de perder el conocimiento, pero pudo mas mi curiosidad porque Alejo desplegaba el manuscrito con mano firme y apresurada. ¡*Hic est veritas!* exclamó dirigiendo sus miradas á la divisa favorita de Hebronius que servia de epígafre á este escrito. ¿Qué veo, Angel, daré crédito á mis ojos? Toma, mira tú mismo, me parece que soy presa de alguna alucinacion.

Miré con él: era uno de esos hermosos manuscritos del siglo décimo tercio escrito sobre pergamino con una limpieza y una elegancia que no puede alcanzar la imprenta; trabajo manual, humilde y pacientísimo de algun oscuro monje; mas cual seria mi sorpresa y la consternacion de mi maestro Alejo al ver que el tal manuscrito era el libro de los Evangelios segun el apóstol san Juan.

Hemos sido engañados, dijo Alejo, aquí ha tenido lugar una sustitucion, Fulgencio habrá dejado burlar su vigilancia durante los funerales de su maestro ó bien Donaciano ha sorprendido el secreto de nuestras conversaciones y ha sustraído el libro poniendo en su lugar la palabra de Cristo sin notas, ni comentarios.—Esperad, padre mio, dije, despues de examinar atentamente el manuscrito, es documento raro y muy precioso. Es de la propia mano del célebre abad Joaquin de Flore, monje cisterciense de la Calabria... su firma lo atestigua.

—Sí, dijo Alejo, volviendo á tomar el manuscrito y mirándolo detenidamente, es del que llamaban el *hombre vestido de lino*, el que consideraban inspirado como un profeta, el Mesías del nuevo Evangelio á principios del siglo trece. No se que profunda emocion embarga mi sér á la vista de estos caracteres. ¡Oh, amante de la verdad, muchas veces he encontrado la huella de tus pasos en mi propio camino! Pero mira, Angel, nada debe de escapar aquí á nuestra observacion porque á buen seguro no es sin objeto que este precioso ejemplar ha servido de mortaja al corazon de Hebronius. ¿Ves estos caracteres trazados con letras mas grandes y mas elegantes que el resto del texto?

—Y tambien están señalados con un color particular; tal vez estos no sean lo únicos; veamos padre mio.

Hojeamos el Evangelio de san Juan y encontramos en aquella obra maestra de caligrafia del abad Joaquin tres pasages escritos con caracteres mayores, mas adornados y con diferente tinta, como si el copista hubiese querido hacer meditar al comentador sobre aquellos pasages decisivos. El primero, escrito con letras de hermoso azul celeste era el que encajeza tan grandiosamente el Evangelio del apóstol amado.

«EN EL PRINCIPIO ERA EL VERBO, Y EL VERBO ERA CON DIOS, Y EL VERBO ERA DIOS. TODAS LAS COSAS FUERON HECHAS POR EL, Y NADA DE LO QUE FUE HECHO SE HIZO SIN EL. EN ÉL ESTABA LA VIDA, Y LA VIDA ERA LA LUZ DE LOS HOMBRES, Y LA LUZ EN LAS TINIEBLAS RESPLANDECE; MAS LAS TINIE-

BLAS NO LA COMPRENDIERON. ERA LA LUZ VERDADERA QUE ALUMBRA A TODO HOMBRE QUE VIENE A ESTE MUNDO.»

En el segundo pasage estaba escrito en letras de brillante pintura, decia así:

«MUGER, CREEME, VIENE LA HORA EN QUE NI EN LA MONTAÑA NI EN JERUSALEN ADORAREIS AL PADRE; MAS VIENE LA HORA EN QUE LOS VERDADEROS ADORADORES ADORARÁN AL PADRE EN ESPÍRITU Y VERDAD.»

Y el tercero escrito con letras de oro, era el que dice así:

«Y ESTA ES LA VIDA ETERNA. QUE TE CONOZCAN Á TÍ SOLO DIOS VERDADERO Y Á JESUCRISTO A QUIEN ENVIARE.»

Un cuarto pasage estaba aún señalado, pero únicamente por el tamaño de los caracteres. Era este del capítulo décimo.

«JESÚS LES RESPONDIÓ: MUCHAS BUENAS OBRAS OS HE MOSTRADO DE MI PADRE, POR CUAL DE ELLAS ME APEDREAIS?—LOS JUDIOS LE RESPONDIERON: NO TE APEDREAMOS POR LA BUENA OBRA, SINÓ POR LA BLASFEMIA: Y PORQUE TÚ, SIENDO HOMBRE, TE HACES DIOS A TÍ MISMO.—JESÚS LES RESPONDIÓ: ¿NO ESTA ESCRITO EN VUESTRA LEY: «*Yo dije, Dioses sois*»? PUES SI LLAMO DIOSÉS A AQUELLOS A QUIENES VINO LA PALABRA DE DIOS, Y LA ESCRITURA NO PUEDE FALTAR; ¿A MI, QUE EL PADRE SANTIFICÓ Y ENVIÓ AL MUNDO. VOSOTROS DECIS QUE BLASFEMO, PORQUE HE DICHO: SOY HIJO DE DIOS?

¡Angel! exclamó Alejo, ¿cómo no ha llamado la

Acad. 1883 MONTERREY, MEXICO

"ALFONSO REYES"

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

atención de los cristianos, este pasaje cuando han concebido la idea idolátrica de hacer de Jesucristo un Dios todopoderoso, un miembro de la santísima Trinidad? ¿No se ha explicado el mismo Cristo sobre esa misma divinidad; no ha rechazado esta idea como una blasfemia? ¡Oh! sí, nos lo ha dicho este hombre divino, todos somos dioses, todos somos hijos de Dios, en el sentido en que san Juan lo entendía al esponder el dogma en el principio de su Evangelio: «A todos cuántos han recibido la palabra (el logos divino) ha dado el derecho de ser instituidos hijos de Dios.» Sí, el verbo es Dios; la revelación es Dios; es la verdad divina manifestada y el hombre es Dios en el sentido de ser el hijo de Dios y una manifestación de la divinidad; pero es una manifestación finita y Dios solo es la Trinidad infinita, Dios estaba en Jesús; el verbo hablaba por Jesús, pero Jesús no era el Verbo.

Pero tenemos que examinar otros tesoros, Angel, pues hé aquí tres manuscritos en lugar de uno; modera el ardor de tu curiosidad como domino la mía. Procedamos con orden y examinemos el segundo, antes de ver el tercero. El orden por el cual ha colocado Espiridion estos tres manuscritos bajo una misma cubierta debe ser sagrado para nosotros y significa indudablemente el progreso, el desarrollo y el complemento de su idea.

Desenrollamos el segundo manuscrito. No era menos precioso, ni menos curioso que el primero. Era un libro perdido durante siglos, desconocido por las generaciones que nos separaban de su aparición en el mundo. Aquel libro perseguido por la Universidad de París, tolerado al principio, conde-

nado después y entregado á las llamas por la Santa Sede en 1260: era la famosa *Introducción al Evangelio eterno*, escrito de la propia mano del autor, el célebre Juan de Parma, general de los franciscanos y discípulo de Joaquín de Flore. Al presentarse á nuestra vista este documento de herejía, apoderóse de Alejo y de mí un escalofrío involuntario. Aquel ejemplar, probablemente único en el mundo, estaba en nuestras manos y qué es lo que nos iba á enseñar?; con que estrñeza leímos el sumario escrito en la primera página!

«La religión tiene tres épocas, como los reinados de las tres personas de la Trinidad. El reinado del Padre ha durado mientras fué la ley mosaica. El reinado del Hijo, es decir la religión cristiana, no debe durar siempre. Los sacramentos y ceremonias de que se rodea esta religión, no serán eternos. Tiempo llegará en que cesen estos misterios y entonces empezará la religión del Espíritu Santo, en la que los hombres no necesitarán ya de sacramentos y rendirán al Sér Supremo un culto puramente espiritual. El reinado del Espíritu Santo ha sido predicho por san Juan y ese reinado es el que va á suceder á la religión cristiana, como la religión cristiana sucedió á la ley de Moisés.»

¡Cómo! exclamó Alejo, ¿es en este sentido que deben entenderse las palabras de Jesús á la Samaritana: *Mujer, créeme, viene la hora en que ni en la montaña ni en Jerusalem adorareis al Padre, sino que le adorareis en Espíritu y en verdad.*

Sí, la doctrina del Evangelio eterno! esa doctrina de libertad, igualdad y fraternidad que separa Gregorio VII de Lutero, así lo ha comprendido.

Pues bien, esa época es muy grande; despues de haber llenado el mundo fecunda aún el pensamiento de todos los grandes herejes, de todas las sectas perseguidas hasta nuestros dias. Condenada, destruída, vive y se desarrolla esa obra en todos los hombres pensadores que ha producido y desde las cenizas de su hoguera, el Evangelio eterno chispea é ilumina las generaciones. ¡Wiclef, Juan Huss, Gerónimo de Praga, Lutero, habeis nacido de esa hoguera, habeis sido incubados bajo esa ceniza gloriosa, y tú mismo Bossuet, protestante mal disfrazado, último obispo; y tú tambien Espiridion, último apóstol y nosotros tambien los postreros frailes! ¿Pero cuál fué el pensamiento predominante de Espiridion con respecto á esa revelacion del siglo trece? El discípulo de Lutero y de Bossuet ¿volvióse hácia lo pasado para abrazar la doctrina de Amaury, de Joaquin de Flore y de Juan de Parma?

—Abrid el tercer manuscrito, padre mio; sin duda será la llave de los otros dos.

Efectivamente, el tercer manuscrito era obra del abad Espiridion, y Alejo que habia visto amenudo textos sagrados copiados de su mano é incluidos entre los de Fulgencio, reconoció enseguida la autenticidad de este escrito. Era muy corto y se reducía á estos cuántos renglones:

«Jesús (vision adorable) se me ha aparecido y me ha dicho:—De los cuatro Evangelios el mas divino, el menos plagado de formas humanas en el momento en que cumplí mi mision es el Evangelio de Juan, de aquél en cuyo seno me apoyé durante la pasion, de aquél á quien en la cruz recomendé á mi madre. A este último te atenderás: los otros tres,

escritos bajo inspiracion terrestre para el tiempo en que han sido escritos, llenos de amenazas, anatemas ó restricciones sacerdotales en el seno del antiguo mosaismo, serán para tí como si no existiesen, ¿obedecerás?

Y yo, Espiridion, servidor de Dios, he contestado: obedeceré.

Jesús me dijo entonces: Cristiano, en tu vida pasada, pertenecerás pues á la escuela de Juan.

Y cuando Jesús me hubo dicho aquellas palabras, sentí como efectuarse una vision divina en todo mi sér. Parecióme morir. No era ya cristiano; pero pronto sentíme renacerme y ser mas cristiano que nunca, porque el cristianismo me había sido revelado y oí una voz que decia á mis oidos, aquel versículo del décimo séptimo capítulo del único Evangelio: *y ésta es la vida eterna: que te conozcan á tí solo Dios verdadero y á Jesucristo á quién enviaste.*

Entonces me dijo Jesús:

Recojerás á través de los siglos la tradicion de tu escuela.

Y acordéme entonces de cuánto habia leído en otro tiempo sobre la escuela de san Juan y los que amenudo habia apellidado herejes se me presentaron como verdaderos vivientes.

Jesús añadió:

Pero borrarás y tacharás con cuidado los errores del espíritu profético para no conservar mas que la profecía.

La vision habia desaparecido, pero sentíala contumarse secretamente en mí.

Corrí hácia mis libros y la primera obra que

vino á mis manos, fué un manuscrito del Evangelio de san Juan, hecho por Joaquin de Flore; el segundo fué la *Introduccion al Evangelio eterno de Juan de Parma*.

Sí, el Evangelio de san Juan, y leí la Introduccion de Juan de Parma sufriendo y gimiendo. Cuando concluí de leer, lo único que quedó fijo en mi imaginacion fué la siguiente frase:

La religion tiene tres épocas, como los reinados de las tres personas de la Trinidad.

Todo lo demás se habia borrado de mi espíritu; pero aquéllas palabras brillaban en mi inteligencia como faro resplandeciente é inextinguible.

Aparecióme entonces Jesús nuevamente y dijo:

La religion tiene tres épocas como los reinados de las tres personas de la Trinidad.

Yo contesté: así sea.

Jesús repuso:

El cristianismo ha tenido tres épocas y las tres épocas se han cumplido.

Y desapareció y oí pasar sucesivamente ante mí (vision adorable) á san Pedro, san Juan y san Pablo.

Detrás de san Pedro, estaba el gran papa Gregorio VII; detrás de san Juan, Joaquin de Flore, el san Juan del siglo décimo tercio; detrás de san Pablo, estaba Lutero.

Perdí los sentidos.

Mas léjos despues de un intervalo, habia escrito de la mismo mano:

El cristianismo debia tener tres épocas y las tres épocas se han cumplido. Así como la Trinidad

divina tiene tres fases, la concepcion que el espíritu humano ha tenido de esa misma Trinidad en el cristianismo debia tener tres fases sucesivas. La primera que corresponde á san Pedro, encierra el período de la creacion y el desarrollo gerárquico y militante de la Iglesia hasta Hildebrando, el san Pedro del siglo décimo; el segundo que corresponde á san Juan, abraza el período desde Abelardo hasta Lutero; el tercero que corresponde á san Pablo, comienza en Lutero y acaba en Bossuet. Este es el reinado de la libertad de exámen y del conocimiento, como el anterior era el de amor y del sentimiento, como el que le precedió fué el de la sensacion y de la actividad. Allí acabó el cristianismo y allí comienza la era de una nueva religion. No busquemos pues la verdad absoluta en la aplicacion literal de los Evangelios, sino en el desarrollo de toda la humanidad anterior á nosotros. El dogma de la Trinidad es la religion eterna; la verdadera comprension de ese dogma es eternamente progresiva. Nosotros pasaremos por esas tres fases de manifestaciones de la actividad, del amor y de la ciencia, que son los tres principios de nuestra esencia misma, pues que estos son los tres principios divinos que el hombre recibe al venir al mundo, como hijo de Dios y cuánto mas consigamos manifestarnos simultáneamente bajo esas tres fases, mas nos acercaremos á la perfeccion divina. ¡Hombres del porvenir á vosotros es á quienes toca realizar esta profecía! Será obra de una nueva revelacion de una nueva religion, de una nueva humanidad. Esta religion no abjurará el espíritu del cristianismo, pero lo despojará de sus fórmulas, será lo que la hija es á la madre cuando la una se inclina hácia la

tumba y la otra se halla en la plenitud de la vida. Esa religion, hija del Evangelio, no renegará de su madre; por el contrario, continuará su obra, y lo que su madre no ha podido comprender, lo explicará ella, lo que su madre no ha osado, lo osará ella, lo que su madre no ha hecho mas que empezar, lo acabará ella. Esta es la verdadera profecía que bajo un velo de luto se apareció al gran Bossuet en su hora postrera. Trinidad divina, recibe el sér que has iluminado con tu luz, abrasado con tu amor y creado de tu misma sustancia; tu servidor, *Espiridion*.»

Alejo dobló el manuscrito, colocóselo en el pecho, cruzó las manos encima de él y quedó sumido en profunda meditacion. Su frente reflejaba gran serenidad; permanecí á su lado inmóvil, atento, copiando todos sus movimientos, tratando de penetrar, por la expresion de su fisonomía, los pensamientos que agitaban su alma. De pronto, de sus ojos se desprendieron gruesas lágrimas que inundaron sus marchitadas mejillas, como bienhechora lluvia sobre agostado erial.

--¡Soy feliz! me dijo arrojándose en mi seno. ¡Oh mi vida, mi triste vida! Ya no siento tantos dolores ni fatigas pues se me ha proporcionado este instante de inefable luz, de certeza y de caridad. ¡Caridad divina! te comprendo al fin, ¡lógica suprema! no podías fallar. Espiridion, dulce amigo mio, bien lo sabias tú cuando me decias: ¡Ama y comprenderás! ¡Oh! frívola ciencia mia, ¡oh! inútil erudicion, no me habeis ilustrado sobre el verdadero sentido de las Escrituras! Solo despues de haber comprendido la amistad, por ella la caridad y el entusiasmo de la fraternidad humana, me he halla-

do en estado de comprender la palabra de Dios. Angel, déjame estos manuscritos durante las pocas horas que he de pasar á tu lado y cuando ya no exista no los sepultes conmigo; ha llegado la hora de que la verdad no debe dormir en los sepulcros, sino brillar á la luz del sol y remover el corazon de los hombres de buena voluntad. Volverás á leer estos Evángelios, hijo mio, y comentándolos aprenderás la historia; tu cerebro que he llenado de hechos, de textos y de fórmulas, es como un libro que encierra en sí la vida sin tener conocimiento de ello; así es como he apergaminado mi propia inteligencia durante treinta años. El que todo lo ha leído, todo lo ha examinado sin comprender cosa alguna es el mas nécio de los nécios, al paso que aquel que, sin saber leer ha comprendido la sabiduría divina, es el sábio mayor de la tierra. Ahora recibe mi despedida, hijo mio, y prepárate á dejar el claustro y á volver á la vida:

—¿Qué decis, exclamé; dejáros, volver al mundo? ¿Es esa vuestra amistad, son esos vuestros consejos?

—Angel, bien comprendes que la suerte está echada. Nuestra raza ha terminado y á decir verdad, Espiridion ha sido el último fraile. ¡Oh! infortunado maestro, añadió levantando los ojos al cielo, tambien tú has sufrido mucho y tu padecimiento lo han ignorado los hombres, pero Dios te ha reconocido en expiacion de tus sublimes errores y te ha enviado en tus últimos instantes el instinto profético que te ha consolado porque tu gran corazon ha olvidado sin duda sus propios padecimientos al ver el porvenir de la raza humana encaminada con

su fé hácia el ideal; así pues he alcanzado el mismo resultado que tú; cuando tú solo hayas dedicado tu vida á estudios teológicos y la mia haya abrazado un círculo mas dilatado de conocimientos, hemos sacado la misma conclusion y es que lo pasado ha terminado ya y no debemos poner trabas ni obstáculos al porvenir, es que nuestra caída es tan necesaria y mas lo que ha sido nuestra existencia; es que no debemos renegar la una ni maldecir la otra. ¡Oh! Espiridion, en la oscuridad sombría de tu claustro y en el secreto de tus meditaciones has sido mas grande que tu maestro, porque este ha muerto lanzando un grito de desesperacion, creyendo que el mundo iba á desplomarse sobre él y tú te has dormido en la paz del Señor, lleno de divina esperanza en el porvenir de la raza humana. ¡Oh! sí, te amo mas que á Bossuet, porque tú no has maldecido tu siglo y has abjurado noblemente una larga série de ilusiones, de incertidumbres, de sublimes esfuerzos de una alma ardentemente prendada de la perfeccion. Bendito y glorificado seas: el reino de los cielos pertenece á aquellos cuyo espíritu es tan vasto como sencillo su corazón.

Cuando hubo hablado así, colocó las manos encima de mi cabeza y me dió la bendicion; despues levantándose, me dijo:

—Vamos, ya sabes que la hora ha llegado.

—¿Qué hora, repuse; qué pretendéis hacer? Estas palabras han herido ya mis oídos esta noche y creía ser el único que las habia oído; decidme maestro, que significan?

Estas palabras las he oído tambien yo, respondió él, pues mientras bajabas á la tumba de nues-

tro maestro, yo he tenido aquí una larga conversacion con él.

¿Le habeis visto? le pregunté.

No lo he visto nunca de noche y sí solo de dia á la claridad del sol; jamás le he visto y oído al mismo tiempo; me habla por la noche y le veo de dia. Esta noche me ha explicado lo que acabamos de leer y mas aún, y si te ha mandado exhumar el manuscrito ha sido con el objeto de que nunca la duda royera tu alma acerca de que los hombres de este siglo llamarían visiones y delirios.

Delirios celestes, exclamé, que me harían odiar la razon si ella pudiese anonadar su efecto; pero no temais padre mio; vivirá por siempre jamás en mi corazón la memoria sagrada de estos dias de entusiasmo.

—Ahora ven, dijo Alejo, andando por su celda con seguro paso y enderezando su quebrantado cuerpo con la agilidad de un jóven.

—Pues qué, andais, estais curado le dije: esto es nuevo prodijio.

Solo la voluntad es un prodigio, contestó, y es el poder divino quien la cumple en nosotros. Sígueme, quiero volver á ver el sol, las palmeras, los muros de este monasterio, la tumba de Espiridion y de Fulgencio; estoy poseido de una alegría infantil, mi alma rebosa. Es preciso que abrace esta tierra de dolores y esperanzas en la cual las lágrimas son fecundas y que no en vano han ahondado nuestras rodillas fatigadas de rezos.

Bajamos para trasladarnos al jardín y al pasar por el comedor donde estaban reunidos los frailes se detuvo un instante y arrojó sobre ellos una mirada

de compasion. Al ver de pié delante de ellos á aquel Alejo que creian moribundo, sobrecogióles gran temor y uno de los conversos que les servia y que se hallaba cerca de la puerta, murmuró estas palabras:

«Los muertos resucitan: esto es presagio de una gran desgracia.»

—Sí, sin duda, respondió Alejo, entrando en el comedor por una súbita resolucion. Sí, una gran desgracia os amenaza. Y hablando en voz alta con un semblante animado con la energía de la juventud y centelleando los ojos con el fuego de la inspiracion: Hermanos, dijo, dejad la mesa, no acabéis vuestro pan, rasgad vuestros vestidos, abandonad esta mansión que el rayo conmueve ó bien preparaos á morir.

Los frailes asustados y consternados se levantaron todos á una, como si esperasen ver algun fenómeno. El prior les mandó que volviesen á sentarse.

—¿No veis, les dijo, qué este anciano delira? Angel, acompañadle otra vez á su lecho y no le dejéis salir de su celda; os lo mando.

—Hermano, nada tienes que mandarme aquí, repuso Alejo con la calma de la fuerza. Tú no eres el gefe, tú no eres manje, tú no eres nada. Es preciso huir, te digo tu hora, y la de todos nosotros ha llegado ya.

Los religiosos se agitaron otra vez. Donaciano los contuvo nuevamente y temiendo alguna escena violenta, les dijo:

—Estad tranquilos y dejadle hablar; vereis como sus ideas están turbadas por la calentura.

—¡Oh! frailes, dijo Alejo suspirando, vosotros sois los que os hallais perturbados por la fiebre: vosotros, raza en otro tiempo sublime, hoy dia abyecta: vosotros, que habeis engendrado espiritualmente tantos doctores y profetas que la Iglesia ha perseguido y condenado á las llamas! Vosotros, que habeis comprendido el Evangelio que habeis intentado valerosamente practicar. ¡Oh! vosotros, discípulos del Evangelio eterno, padres espirituales del gran Amaury, de David de Dinan, de Pedro Valdo, de Segarel, de Dulcios, de Eon de la Estrella, de Pedro de Bruys, de Lollard, de Wiclef, de Juan Huss, de Gerónimo de Praga, y finalmente de Lutero.

¡Monjes que habeis comprendido la igualdad, la fraternidad, la comunidad, la caridad y la libertad, ¡monjes que habeis proclamado las verdades eternas que el porvenir debe comprender y practicar y que ahora nada producís, ni podeis ya comprender. Ya os habeis ocultado bastante tiempo bajo el manto de san Pedro; Pedro no puede protegeros ya; es en vano que hayais hecho paces con los pontífices y sometidoos á los poderosos de la tierra; estos nada pueden tampoco en favor vuestro. Acércase el reinado del Evangelio eterno y vosotros no sois sus discípulos y en lugar de marchar á la cabeza de los pueblos levantados para aniquilar las tiranías vais á ser abatidos y exterminados como los pedestales de esa misma tiranía. Huid, os digo, solo una hora os queda, quizá menos; romped vuestros hábitos y ocultáos en las espesuras de los bosques, en las cuevas de la montaña: háse desplegado la bandera del verdadero Cristo y su sombra os rodea ya.

—¡Profetiza! exclamaron algunos monjes pálidos y trémulos.

—¡Blasfema, apóstata! clamaron indignados algunos otros.

—¡Qué se le saque de aquí, que se le encierre, gritó el prior trastornado y temblando de rabia.

Sin embargo nadie se atrevió á tocar á Alejo. Parecía estar protegido por un ángel invisible. Cogió mi brazo, pues se le figuraba que yo no andaba bastante deprisa y saliendo del refectorio me arrastró hácia las palmeras. Contempló un rato con fruicion el mar y las montañas; despues volviéndose hácia el norte me dijo:

—Vienen, vienen con la rapidez del rayo.

—¿Quién, padre mio?

Los terribles vengadores de la libertad ultrajada: tal vez las represalias serán insensatas. Mas ¿quién puede sentirse investido de semejante mision y guardar la calma de la justicia? Los tiempos han madurado; es preciso que el fruto caiga, ¿qué importan algunos tallos de yerba hollados?

—¿Hablais de los enemigos de nuestro país?

Hablo de relucientes espadas colocadas en manos del Dios de los ejércitos; se acercan: el Espíritu me lo ha revelado y éste es el último de mis dias, como dicen los hombres, pero no muero, no te dejo, Angel, tú lo sabes.

—¿Vais á morir?, exclamé, agarrándome á su brazo con indefinible angustia; ¡oh! no digais que vais á morir, se me parece que empiezo á vivir hoy.

Tal es la ley providencial de la sucesion de los séres y de las cosas, repuso. ¡Oh! hijo mio, adoremos

al Dios infinito, ¡oh! Espiridion, no te suplico que te aparezcas á mí en este dia, ábrese ante mis ojos un mundo en el cual tu forma humana no es necesaria á mi certidumbre; tú estás conmigo, tú resides en mí. No hay necesidad que la arena cruja bajo tus piés para que yo halle tu huella en mi camino. No, no mas visiones, no mas prestigios, no mas sueños extáticos. Los muertos viven en nosotros, como decia Espiridion á Fulgencio; nuestro cariño los resucita y los pone en pugna con nuestra conciencia, cuando esa misma conciencia nuestra, incierta, y esa sabiduria incompleta, rechazan la luz que hubiéramos debido hallar en ellos...

En aquel momento un lejano rumor vino á retumbar como un debilitado eco en la falda de las montañas y el mar lo repitió á lo léjos con sonido mas imperceptible aún.

—¿Qué es esto, padre mio? pregunté á Alejo, que escuchaba sonriéndose.

—¿Es el cañon, repuso él, es el vuelo de la conquista que se dirige hácia nosotros.

Despues se puso á escuchar: oíase un regularizado estampido. Esto no es combate añadió, es un himno de victoria, hánnos conquistado: la Italia no existe ya.

No se acongoje tu corazon por la idea de haber perdido tu pátria; no es hoy que Italia ha dejado de ser; lo que acaba de hundirse es la Iglesia de los papas.

No roguemos por los vencidos: Dios sabe lo que hace y los vencedores lo ignoran.

Entramos en la iglesia. Donaciano seguido de algunos frailes se dirigió precipitadamente hácia

nosotros; tenia el semblante desencajado por el miedo.

—¿Sabeis lo que pasa? nos dijo, ¿oís el cañon? Se están batiendo.

—Se han batido, repuso friamente Alejo.

—¿Quién os lo ha dicho? exclamaron todos; ¿teneis alguna noticia, podeis comunicarnos algo? No son mas que congeturas mias, contestó tranquilamente; pero os aconsejo que huyais ó que prepareis un gran convite para los huéspedes que os van á llegar.....

Y enseguida, sin dejar que le dirigiesen mas preguntas, les volvió la espalda y se internó en la iglesia. Apenas habíamos andado cuando se oyeron confusos gritos. Eran una especie de cantos de triunfo y de entusiasmo junto con imprecaciones y amenazas. Ningun grito de terror ó defensa contestó á aquellas estrañas voces. Todos los habitantes del país habian huido al acercarse el vencedor, como bandada de tímidas avecillas al aproximarse el milano. Era un destacamento de soldados franceses enviados á merodear: errando por las montañas habian descubierto las cúpulas del convento y dirigiéndose hácia esa presa atrevesaron avenidas y torrentes con esa espantosa rapidez que solo en sueños vemos. Descendian hácia nosotros como un alud. En un instante quedaron las puertas hechas añicos y los claustros se llenaron de soldados ébrios que hacian resonar las bóvedas con ronco y terrible canto, del cual entre otras palabras hirieron mi oido las siguientes:

Libertad, libertad adorada,
Combate con tus defensores.....

Ignoro lo que acaeció en el convento. Oí á lo largo de las paredes exteriores del convento pasos precipitados que parecian querer hundir los mármoles del pavimento en su fuga llena de espanto. Hubo sin duda un gran pillage, violencias, una espantosa orgía..... Alejo de rodillas encima de la piedra del *Hic est* parecia estar sordo á todos aquellos ruidos. Absorto en sus pensamientos parecia una estatua sepulcral.

De pronto abrióse estrepitosamente la puerta de la sacristia; adelantóse un soldado con desconfianza, luego creyéndose solo corrió hácia el altar, rompió la cerraja del tabernáculo con la punta de su bayoneta y empezó á ocultar precipitadamente en su morral los viriles y los cálices de oro y plata. Viendo entonces Alejo que yo estaba conmovido, se volvió hácia mí y me dijo:

—Sométete, ha llegado la hora; la Providencia que me permite morir, te ordena que vivas.

En este momento entraron otros soldados y armaron pendencia con el que se les habia anticipado; injuriáronse y sin duda hubieran venido á las manos, si no les hubiese parecido precioso el tiempo para ocultar otros objetos antes que llegasen otros compañeros de pillage. Se apresuraron pues á llenar sus mochilas, morriones y bolsillos de cuanto en ellos cupo. Para mejor conseguirlo, rompieron con las culatas de sus fusiles, los relicarios, las cruces y candelabros. En medio de aquella destruccion que Alejo contemplaba impasible, el cristo del altar mayor, el desprendido de la cruz, cayó con gran estrepito. ¡Mirad! exclamó uno de los soldados, ahí teneis el descamisado Jesús que os saluda; soltaron

todos la risa y corriendo hácia la efigie vieron que no era mas que de madera dorada. Pisoteáronla con alegría burlona y brutal y uno de ellos cogiendo la cabeza de la estatua la tiró contra las columnas que nos protegían, viniendo á rodar á nuestros piés.

Alejo lleno de fé se levantó y dijo:

¡Oh, Cristo! pueden destruir tus altares y arrastrar tu imágen por el polvo. No es á tí, hijo de Dios á quien se dirijen estos ultrajes, por lo tanto los ves sin cólera ni dolor. Sabes que el estandarte de Roma, la enseñanza de la impostura y de la concupiscencia es lo que derriban y rasgan en nombre de esa libertad, que tú hubieras sido el primero en proclamar hoy dia, si la voluntad celeste te hubiese llamado á la tierra.

—¡Muera, muera ese fanático que nos injuria en su lengua! exclamó un soldado lanzándose hácia nosotros fusil en mano.

—¡Atraviesa con la bayoneta este viejo inquisidor! contestaron los demás siguiéndole.

Y uno de ellos atravesando de un bayonetazo el pecho de Alejo, gritó:

¡Abajo la inquisicion!

Alejo se inclinó y se sustuvo en un brazo, mientras extendía el otro hácia mí para impedir que le defendiese. ¡Ay! ya aquellos insensatos se habian apoderado de mí y me ataban las manos.

Hijo mio, dijo con la serenidad de un mártir, nosotros mismos no somos ya mas que estatuas que destruyen, porque han dejado de representar las ideas que constituian su fuerza y su santidad. ¡Esto es obra de la Providencia! la mision de nuestros verdugos es sagrada, aunque ellos no lo comprendan.

Sin embargo, ellos lo han dicho y tú lo has oído: en nombre del *descamisado Jesús* profanan el santuario de la iglesia. Este es el principio del reinado del Evangelio eterno, profetizado por nuestros padres.

Dijo y cayó de bruces al suelo; otro soldado le dió un golpe en la cabeza y la piedra del *Hic est* quedó inundada de sangre.

¡Oh Espiridion! dijo con voz moribunda, se ha purificado tu tumba!

¡Oh, Angel, haz que este rastro de sangre sea fecundo! ¡Oh Dios mio, te amo, haz que los hombres te conozcan!

Y expiró. Entonces una figura radiante apareció á su lado y yo cai exánime.



